

LA DIMENSIÓN ÉTICO-CULTURAL DEL TRABAJO HUMANO EN EL CONTEXTO DEL CONCILIO VATICANO II. LA REDENCIÓN DEL TRABAJO LIBRE Y DEL OCIO CRIATIVO EN LA POSMODERNIDAD.

Prof. Dr. Everaldo Gaspar Lopes de Andrade
UFPE-BRASIL
egasparandrade@uol.com.br

1. Introducción.

“Dios dijo: hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y que domine sobre los peces del mar, las aves del cielo, los animales, todas las bestias salvajes que se arrastran por la tierra. Dios creó al hombre a su imagen, a la imagen de Dios lo creó, creó al hombre y a la mujer. Dios les bendijo y les dijo: Sed fecundos, multiplicaos, henchid la tierra y sometedla; dominad sobre los peces del mar, los pájaros del cielo, y todos los animales que se mueven sobre la tierra”.

En el escenario de una sociedad que busca el pensamiento único disfrazado de valores universales pero que conduce a una verdadera clandestinización de la vida humana, la actual sociedad del trabajo tiene que redimensionar su papel y buscar en el contexto de la realidad presente los fundamentos para la construcción de una sociedad justa y solidaria.

En el Concilio Vaticano II es posible encontrar valores cristianos identificados con la sociedad del trabajo en toda su dimensión y complejidad – de los sin tierra, de los sin techo, los sin empleo, de los que no tienen posibilidades de volver al mercado formal de trabajo, de los excluidos versus los que tienen una riqueza inimaginable pero que no hacen inversiones sociales, que no piensan en la distribución de la riqueza, que no tienen compromiso con el rescate de la ciudadanía.

En el momento en que el género humano se prepara para vivir en un nuevo tiempo y un nuevo espacio, en que la sociedad se mueve por encima de los estados y sin reglas; la ética cristiana formula alternativas para contraponerse al individualismo pseudo-universalista de raíz utilitarista, la explotación del trabajo humano y las injusticias sociales.

El Concilio ya ha indicado que si “consideramos el trabajo no ya en los efectos que causa en la misma persona que lo ejerce ni en su esencia de colaborador de la acción creadora de Dios, sino en su relación con la naturaleza, el mundo y las energías sobre las que actúa, descubrimos otro aspecto de su dignidad y de su grandeza: por el trabajo el hombre ejerce un dominio sobre la naturaleza. Con ese dominio no usurpa el hombre un derecho de Dios, no arrebató a Dios un pedazo de la soberanía divina, sino que un tal dominio del hombre sobre la naturaleza por el trabajo procede de la voluntad divina, es una participación del

hombre en la suprema soberanía de Dios, que nos hace tener una visión más profunda del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios.”.

2. La Historia del Trabajo Humano. Del Apogeo al Declive del Trabajo como Sinónimo de Deber.

El escenario donde el trabajo humano se concibió como sinónimo de castigo, de sacrificio delante del cielo, de los dioses justificó la clásica distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual e incluso legitimó la existencia de la esclavitud o del trabajo forzoso.

Esquilo, el primero entre los clásicos de la tragedia griega, escribió Prometeo, en el siglo 470 antes de Cristo. La tragedia habla del castigo que fuera atribuido a Prometeo. En un pasaje, el “poder” se refiere al trabajo y a la libertad, diciendo: “Todos los trabajos son desagradables, menos el del rey de los dioses, pues nadie es libre sino Zeus” (ESQUILO, 1992:13).

Aristóteles, en el Libro Primero de la Política, sostiene que existen esclavos y hombres libres por la propia obra de la naturaleza. “Esa distinción subsiste en algunos seres, siempre que igualmente parezca útil y justa para alguien ser esclavo, para otro mandar, una vez que es preciso que aquel obedezca y éste ordene según su derecho natural y con autoridad absoluta. La ciencia del amo consiste justo en saber mandar lo que el esclavo debe saber hacer. El esclavo es así un instrumento, una propiedad viva. Como instrumento, el trabajador, es siempre el primero de todos” (ARISTÓTELES, 1955, 18-9)

Para los estudiosos de la cultura esa separación entre trabajo intelectual y trabajo manual tiene sus orígenes e identificación en la tradición escrita de la aristocracia instituida en la Grecia primitiva. El testigo más remoto de la antigua cultura aristocrática helénica es Homero. Pero en Hesíodo no se contempla la educación del tipo humano noble de la cultura dominante, sino una segunda cultura basada en el trabajo humano.

Seguidamente aparece el sistema romano “ius” y su cuadro del régimen de trabajo, y la clásica distinción entre el “locatio conductio operis” y la “locatio conductio operarum”. El prejuicio contra el trabajo manual era patente y tratado con desprecio. Es conocida la expresión de Cicerón según la cual, “es sórdido, el gano de todos los trabajos asalariados” (JHERING: 1956:107).

El feudalismo surgió del seno de la sociedad esclavista a través del sistema de colonato. Los colonos estaban obligados a cultivar las tierras de sus señores. Tenían que pagar a los grandes propietarios de tierras determinada renta en dinero o entregar parte considerable de su colecta, a parte de realizar en su favor varios servicios. El feudalismo terminó con el advenimiento del sistema manufacturero que se caracterizó por la creación de establecimientos fabriles basados en la producción artesanal. El trabajo era realizado por un gran número de operarios, que utilizan sus propios instrumentos individuales y realizan operaciones parciales bajo la dirección de un empresario.

La concepción capitalista del trabajo se estableció ya en el siglo XVIII, a través de la economía política clásica. Esta, contrariando las tesis de los fisiócratas, sostenía que el valor de la riqueza de la sociedad no provenía de los productos de la tierra, de la agricultura, sino que el salario sería el precio del trabajo, definido en el mercado, a través de la relación entre oferta y demanda. Para las doctrinas modernas la sociedad pre-industrial no conocía la diferenciación entre actividad de trabajo y demás actividades pertenecientes a la vida social. Fue justo la noción burguesa la que estableció la oposición entre trabajo y no trabajo u ocio, apartado de la esfera doméstica y pública de la vida social.

La aparición del capitalismo ha desencadenado la necesidad de operarios en el interior de las organizaciones productivas. Fuera en ese periodo que se consolidó la fuerza ideológica del trabajo como sinónimo de deber. Las expresiones del jurista portugués Caetano d'Albuquerque resumen, de manera clara, toda esta concepción:

“El trabajo es una obligación inevitable en nombre de las necesidades sociales y particulares. No trabajar es, por lo tanto, un acto de lesa sociedad y, al mismo tiempo, una especie de suicidio: Es, por un lado, la anulación del individuo y, por otro, la substracción ilícita de una fuerza, de una inteligencia, de un importante instrumento de producción en ese grande laboratorio de nuestra vida industrial; el trabajo, hace el hombre; la pereza, que ya es un pecado delante del cielo, se convierte en un crimen en relación con la humanidad” (ALBUQUERQUE, 1870:193).

La ideología del trabajo-deber, que ha ocupado el centro de la experiencia y del discurso social – en contraposición a la pereza caracterizada como un crimen social – está en completo proceso de desaparición en la posmodernidad, a partir de la inserción masiva de las nuevas tecnologías, del desempleo estructural y de larga duración, del subempleo, del trabajo precario, de corta duración y de tiempo parcial.

La sociedad industrial fue capaz de instituir sistemas jurídicos de protección a los trabajadores, forjados en el Estado del Bienestar Social, porque se tenía una estructura social previsible basada en el trabajo de larga duración y en el pleno empleo. Las economías y las estructuras de producción funcionaban dentro de ciertos patrones, donde su crecimiento dentro de unos límites territoriales bien definidos, significaba la aparición de más trabajo. Las fábricas eran organizadas en sitios determinados y en amplios espacios, tenían una división de trabajo estructurada a partir del dominio por los trabajadores de sus oficios y de sus instrumentos, permitiendo una comunicación directa entre ellos y posibilitaba la construcción de proyectos profesionales y personales a largo plazo y dirigidos hacia el futuro. El crecimiento de los parques industriales significaba más empleos directos e indirectos que garantizaban un sistema de protección social adecuado.

Pero todo esto ha cambiado radicalmente. Las industrias modernas muchas veces no detentan siquiera las actividades principales o secundarias de sus respectivos campos productivos. Sectores estratégicos son tercerizados, ocurren mega-fusiones, cambian acelerada y repentinamente de lugar, de países y pasan a moverse en dimensión planetaria. Los métodos de gestión y administración conducen al trabajo en equipo, al dominio de varios saberes y prácticas profesionales, que requieren entrenamiento continuo. A parte de todo esto, el crecimiento de la productividad ya no pertenece a la fuerza de trabajo, sino a la

tecnología. Por eso, se produce más sin que haya generación de empleos compatibles con el crecimiento económico. De la sociedad de un futuro previsible se pasa a la sociedad del riesgo; de la economía estable, a la economía flexible; de una economía nacional a una economía mundial; de un sistema productivo típicamente industrial a un sistema basado en la supremacía de la industria de la información y comunicación; del capitalismo organizado al capitalismo desorganizado.

A parte de las estructuras laborales del industrialismo, se pueden identificar otros estudios y prácticas - concurrentes al sistema capitalista tradicional - objeto de análisis por la sociología aplicada en todo el mundo y que habla respecto, en su generalidad, al “Tercer Sector”.

Los teóricos se ponen de acuerdo en señalar la multitud de iniciativas heterogéneas y de difícil calificación que se establecen entre instituciones públicas y mercado. Este nuevo espacio presenta, desde el punto de vista teórico, una clave interpretativa basada, según Roca, en la “distribución tripartita del espacio social entre el poder, el dinero y la solidaridad. La identificación, como privado-social, enfatiza los elementos político-sociales, mientras que los términos organizativos -no-profit, tercer sistema, economía social- proponen una aproximación económica que acentúa la producción de valores de uso, la ausencia de lucro y la participación social en la gestión.” (ROCCA: 1996: 11).

Esta nueva versión desmitifica la posibilidad de resolución del problema a través de una alternativa de pleno empleo a ser conquistado hacia dentro - del sistema tradicional - o a través de los planes de formación continua del trabajo. Los teóricos también han identificado una irreversible cuestión social, no prevista por la sociedad centrada en el industrialismo: la existencia de inútiles en el mundo, de sujetos supernumerarios que ni siquiera son explotados porque carecen de competencias convertibles en valores sociales. Personas, grupos sociales y países que son arrojados fuera del sistema y se sienten como población sobrante.

La aparición de nuevos espacios y de nuevos actores implica el reconocimiento de otro ambiente social, con otros intercambios y otras relaciones laborales no identificadas o legitimadas por el Derecho del Trabajo tradicional, tales como: a) asociaciones ecologistas: defensa de la naturaleza y promoción del medio ambiente; b) asociaciones pro-derechos humanos: pacifistas, libertad de expresión; c) asociaciones políticas: partidos, asociaciones de consumidores, asociaciones culturales: artísticas, recreativas, deportivas; asociaciones educativas.

Por otra parte se desarrollan otros contingentes de actividades empresariales fundamentadas en la autogestión, la solidaridad y la democratización de las relaciones de trabajo; el voluntariado y toda una variedad de organizaciones no gubernamentales; el cooperativismo; las empresas de economía social; la posibilidad de regular la informalidad; las diversas alternativas de intercambio de productos, servicios y convivencia social, a parte del tradicional sistema capitalista; las nuevas alternativas de seguridad, basadas en una equitativa distribución de rentas para mantener la dignidad de las personas, sobre todo para aquellas que no tendrán la posibilidad de conquistar un trabajo o una ocupación configurada dentro de las versiones tradicionales.

Observando las políticas de trabajo y rentas en el capitalismo Francia, Italia, Inglaterra- dice Marcio Pochamann que el patrón de expansión de la producción, el movimiento y la presión organizada y la intervención del poder público, fueron los responsables de la eficacia y la eficiencia de las políticas de trabajo y de los mecanismos de protección social en esos países. En la actualidad con el nuevo patrón de expansión de la producción, con la pérdida de la eficacia de las políticas tradicionales de trabajo y de los mecanismos de garantía de rentas en el centro del sistema capitalista, se han alterado las condiciones de financiación del estado de la ciudadanía industrial y se ponen obstáculos a las formas tradicionales de regulación del mercado de trabajo y del control de renta disponible para el consuno del conjunto de la clase trabajadora.

Por eso, al final del siglo XX, “la relación entre la sociedad industrial y el Estado, entre el capitalismo y la democracia de masas y todavía, entre la polarización y la homogeneización social están nuevamente en cambio” (POCHMANN: 1995: 255).

Una visión transversal del problema a que se enfrenta el trabajo humano - sometido a las fuerzas del mercado- puede ayudar a construir otra teoría capaz de integrar esas vertientes de experiencias y apuntar otros valores para la sociedad del trabajo, a partir de postulados que se fundamenten en la ética, la ciudadanía y la justicia distributiva.

3. Las Diversas Etapas de la Formación Económica y su Importancia para el Trabajo Humano.

La historia del trabajo humano es larga. Desde las formaciones primitivas o pre-históricas, pasando por las comunidades tribales, considerada la última etapa de las sociedades sin clases - sin excedentes, sin noción de propiedad privada sobre los medios de producción; a la llegada de los patricios, de los guerreros, de los plebeyos, de los esclavos, en la Antigua Roma; a la sociedad feudal - con sus señores, vasallos, maestros, compañeros, aprendices, siervos, en la Edad Media, la última etapa da la Sociedad Pre-Capitalista.

Esta última etapa de la llamada Economía Pre-Industrial, en sus inicios, estaba basada en la sociedad agrícola, con una población predominantemente rural, siendo la unidad típica de producción la familia, hasta llegar al período revolucionario, o del primer período de la Revolución Industrial, como fue llamado aquel, comprendido aproximadamente entre 1770 y 1850.

A parte del crecimiento del comercio, sus interrelaciones y conflictos entre el campo feudal y las ciudades, la Revolución Agraria, con sus técnicas de producción - máquina de sembrar, arado triangular -, fue un elemento importante para el surgimiento de la Revolución Industrial e incluso, para el desarrollo del capitalismo.

Con el surgimiento de las corporaciones, tuvo lugar el primer intento de estructuración de un cuadro general de los empleos, distintos de la concepción agrícola, hecho ya observado por Adam Smith, que escribió “La Riqueza de las Naciones” en 9 de marzo de 1776, antes de consolidarse la Revolución Industrial (SMITH, 1985).

A partir de Smith, la Teoría Macro-Económica pasó a establecer los conceptos fundamentales sobre división del trabajo - empleo, trabajo dependiente, trabajo productivo - además de fijar el mundo del trabajo su sentido formal, involucrado hacia el interior de las organizaciones empresariales.

La Escuela Clásica de La Economía Política ha progresado en sus investigaciones. Como uno de los principales seguidores de Smith, en 1817 aparece David Ricardo, quién a través de su obra “Principios de Economía Política y Tributación” (1817), influyó otros importantes economistas, como: Thomas Malthus, Jeremy Bentham y Jean-Batiste Say. Ricardo profundizó la idea de que el precio natural de todas las mercancías, con excepción de los productos agrícolas y del trabajo, tienden a la caída, con el crecimiento de la riqueza y de la población. El precio del mercado del trabajo decía él, “es aquel realmente pagado como resultado de la interacción natural de las proporciones entre la oferta y la demanda. El trabajo es caro cuando escasea, y barato cuando abunda. Así, pues, en la medida en que la sociedad progresa y aumenta su capital, los salarios de mercado del trabajo suben, pero la permanencia de esa elevación depende de que el precio natural del trabajo también aumente. Eso no tiene nada que ver con una elevación del precio natural de los bienes de primera necesidad en que se gastan los salarios” (DAVID, 1985:81).

Son conocidas sus críticas acerca de las Leyes de los Pobres (Poor Laws), de amparo oficial, que surgieron en Inglaterra, al final del siglo XV. Según él, esas leyes se convertían en un incentivo al crecimiento de la pobreza y no se compatibilizaba con el período de expansión y desarrollo de entonces. Por eso, afirmó que era a través de las leyes “que se regulan los salarios y se orienta la propiedad de la gran mayoría de los miembros de toda comunidad. Como todos los demás contratos, los salarios deberían ser dejados a la justa y libre competencia del mercado y jamás deberían ser controlados por la interferencia de la legislación” (DAVID, 1985:87).

A finales del siglo XVIII la dominación de la agricultura feudal fue sustituida por el capitalismo industrial; la supremacía del binomio agricultores y comerciantes fue sustituida por los nuevos métodos de producción, que resultan de la tecnología, sobre todo en el sector textil - al principio con la energía hidráulica; después, con el vapor y las fábricas siderúrgicas, para suministrar los materiales utilizados en la construcción de la maquinaria. Afirman los historiadores que en esta fase hubo períodos de prosperidad y crisis -entre 1780 hasta el fin de las guerras Napoleónicas - sobre todo, las dificultades comerciales ocurridas en el año 1815.

A partir del principio de LAISSER-FAIRE la acción económica estaba apartada del Estado, tocándole solamente garantizar la libre competencia entre las empresas y el derecho de propiedad, protegiéndolo contra las amenazas y las convulsiones sociales. La época vitoriana alcanza su momento de plenitud, a través de la fusión de ideales entre la antigua aristocracia y la nueva burguesía -negociantes interesados en la política y el progreso de la ciencia, de la técnica, arte, moda, etc.

Los países industrializados ya experimentaban una estructura bien definida, en términos de mercado de trabajo, con opciones muy nítidas de oferta de mano de obra en los sectores agrícola, comercial e industrial. Pero persistía la subcontratación, la coexplotación y

también una aristocracia del trabajo, en los sectores comerciales, industriales y financieros. En Inglaterra, donde comenzó la Revolución Industrial, a partir de 1849, las Leyes de Navegación se suspendieron definitivamente y se decretó el comercio libre. Estaba preparada la segunda fase bajo la regencia del Imperio Inglés. En la década de los años cincuenta se fueron aboliendo las tarifas y restricciones arancelarias, hasta hacerlas desaparecer casi por completo. Por lo tanto, en Gran Bretaña se podía producir, vender, transportar y exportar todo, a cualquier precio. Era la apoteosis del librecambio. Todo se daba bajo la iniciativa británica, que con su espíritu comercial paso a ser el centro del mundo y la primera potencia financiera, con enormes ganancias provenientes del comercio exterior, a través de la inversión de capitales en países extranjeros. En la gran exposición ocurrida, en 1851, en el Palacio de Cristal de Londres, se exhibían las máquinas fabricadas por las industrias. En Francia, cuatro años después, hubo la exposición llamada “galería de las máquinas”, en el Palacio de la Industria. La ciudad se imponía sobre el campo y la industria sobre la agricultura.

Esa segunda fase de la Revolución Industrial se consolida a partir del vapor que sustituye las demás fuentes de energía desencadenando una inversión masiva en la llamada industria básica de bienes de capital (carbón, hierro, acero), propiciando una gran transformación en la industria, sobre todo el desarrollo de la industria química. El crecimiento de las comunicaciones, con los sistemas ferroviarios, disminuía las distancias facilitando los transportes de personas y productos pesados a larga distancia, suplantando incluso la vía navegable a finales de la década de los 50 y el telégrafo ya se expandía en Europa. Los navíos, con la tecnología desarrollada hacia la metalurgia de acero, hicieron que las grandes compañías de navegación llegasen frecuentemente desde el Extremo Oriente a las Américas. A partir de la década de los 60 la movilidad de productos, personas, capitales, noticias, las comunicaciones en general, consolidaron el comercio a escala internacional.

Se determinaba la inversión de capitales hacia la industria y no solamente en la agricultura y el comercio. Las asociaciones de capitales eran constituidas en Sociedades Anónimas, con acciones más valoradas para las compras y las ventas en las bolsas de valores mobiliarios. Los capitalistas pasaron a ser los personajes más poderosos y centraban sus negocios en las bolsas, a través de las Sociedades Anónimas (GALBRAITH, 1969:83-95).

El siglo termina con el surgimiento de nuevos personajes, nuevas potencias llamadas extraeuropeas, sobre todo, los Estados Unidos y Japón. Hasta 1850, los Estados Unidos era un país marcadamente agrícola, pero al final del siglo todo ha cambiado, incluso, en Japón, que pasa a ser considerada la potencia del Sol Naciente. Se concretizaba el pasaje del “capitalismo manufacturero” - de tradición mercantilista, basado en la unificación del mercado nacional y del monopolio político, de la protección a las exportaciones y limitación de las importaciones- hacia el “capitalismo Industrial” - al “liberalismo”, basado en la unificación de los mercados nacionales e internacionales, de la libre competencia, proponiendo la no intervención del Estado en el mercado.

Algo inusitado y revolucionario, ocurrió, en el mercado laboral: los pequeños propietarios de tierras pasan a ser empleados de los grandes propietarios, y con la exclusión de las corporaciones de oficio, los artesanos se transforman en obreros de industrias o subcontratados. Aparece una nueva división de trabajo, el trabajo subordinado en el interior

de las organizaciones. Ha surgido, por lo tanto, en la expresión de Paul Singer, una “clase de proletarios puros, dependientes del mercado para su sobrevivencia” (SINGER, 1987:16).

El comienzo del siglo XX experimenta cambios significativos: es el momento en que se consolida otra “División Social del Trabajo”, a través de la llamada “administración científica”. El crecimiento del capital invertido en la producción ha desencadenado un progreso sin precedentes, en términos tecnológicos, donde el interior de las organizaciones empresariales pasa a sistematizar y definir las tareas particulares de cada obrero, antes de ser subdivididas. Esta nueva estructura que exige también un capital humano especializado, planeamiento administrativo y posibilidad de cambios tecnológicos. Se ha descubierto la “necesidad de planeamiento derivada del tiempo y del capital que deben ser invertidos, de la inflexibilidad de esas inversiones, de las necesidades de la gran organización y de los problemas del desempeño del mercado bajo las condiciones de las tecnologías avanzadas. “Las tareas deberían ser realizadas de un modo tal que fueran ciertas no solamente para el presente sino también hacia el futuro” (GALBRAITH, 1969:23).

El capitalismo ha vivido sucesivas crisis de expansión versus recesión y un verdadero colapso económico entre las guerras, dando origen a los diversos tipos de nazismos, fascismos y dictaduras.

La primera guerra devastó parte del Viejo Mundo y comprometió seriamente la economía mundial, sobre todo, en los Estados Unidos. Para Roubin, “incluso los orgullosos EEUU, lejos de ser un puerto seguro de las convulsiones de continentes menos afortunados, se tornó el epicentro de este que fue el más grande terremoto global medido en escala Richter de los historiadores económicos - la Gran Depresión de entreguerras. En Resumen: entre las guerras, la economía mundial capitalista pareció desmoronarse y nadie sabía exactamente como podría recuperarse” (ROUBIN, 1994:91). Ha sido también la crisis más duradera. Según el citado historiador en medio del desempleo se ingresaba en una crisis en escala inimaginable y por un período que nadie podría suponer. Entre los años 32-33, del 22% al 23% de la fuerza de trabajo británica y belga; 24% de la sueca; 27% de la americana, 29% de la austriaca; 31% de la noruega; 32% de la danesa; y 44% de la alemana no tenían empleos. El 23.01.1943, el periódico The Times, anunció: “Después de la guerra, el desempleo ha sido el más insidioso, el más corrosivo mal de nuestra generación: es la enfermedad social específica de la civilización occidental de nuestro tiempo” (ROUBIN, 1994:91-7).

La quiebra de Wall Street en la llamada “Era de la Catástrofe” desencadenó la decadencia y el colapso de la sociedad liberal burguesa. A partir de la segunda década de nuestro siglo los Estados Unidos iban a convertirse en la más grande economía mundial, porque se beneficiaron de la dos guerras. En 1929, respondían con más del 42% de la producción mundial total, comparado con poco menos del 28% de las tres potencias industriales europeas, pero ha experimentado también una crisis sin precedentes. Ellos eran, según Hobsbawm, en la década de 1920, “tanto el primer país exportador del mundo como, después de Gran Bretaña, el primer país importador. Importaban cerca del 40% de todas las exportaciones de materias primas y alimentos de los quince países más comerciales, un hecho que ha ayudado a explicar el desastroso impacto de la Depresión en los productores de trigo, algodón, azúcar, caucho, seda, cobre, estaño y café y explica también el ser la

principal víctima de la Depresión. Sus importaciones han sufrido una caída alrededor de 70%, entre 1929 y 1932, y lo mismo ocurrió con sus exportaciones” (RUBSBAWM, 1994:102).

Los teóricos adoptan una posición uniforme: antes de la segunda guerra mundial, especialmente antes de la década de 1940, había a penas indicios o fragmentos del “Welfare State”, sobre todo en los Estados Unidos y, en 1935, en los países escandinavos. Pero la concepción económica que fue instituida para mantenerse como programa universal, -de la selección darwiniana de los mecanismos de mercado basada en la sobrevivencia de los más aptos y regulada a través de sus “manos invisibles”, del “laissez-faire”, de la perfecta competencia, de las inmensas corporaciones, de la creciente concentración de capital- entra en crisis en los centros hegemónicos del capitalismo.

En medio de las dos Guerras Mundiales, el mundo capitalista se encontraba sumido en “la Gran Depresión” (1929-1933). El Presidente Franklin Roosevelt presenta una Nueva Política (“New Deal”), una Nueva Economía (“New Economía”), fundamentada en concepciones opuestas, o sea, en el intervencionismo estatal.

Contrariando radicalmente el principio básico de la economía liberal - la armonía entre el interés egoísta de los agentes económicos y el bienestar global - Keynes refuta toda la concepción ortodoxa de la economía clásica basada en la autorregulación de la economía a través del mercado. “La actividad económica del Estado, en la generación de la demanda efectiva, es definitivamente incorporada a la práctica económica del sistema capitalista, con la finalidad de revitalizarlo” (BARROS E SILVA, 1996:5). Para Keynes, el capitalismo es un sistema económico esencialmente inestable y tiende constantemente al desequilibrio, razón por la cual es imprescindible la presencia del Estado en la Economía.

Después de la segunda guerra, el “Pleno Empleo”, inspirado en la eliminación del desempleo masivo, se ha tornado la piedra fundamental de la política económica, en los países del capitalismo democrático. Mayard Keynes, reintroduce el Estado en el escenario de las economías nacionales. La Revolución Keynesiana rescata el capitalismo, acaba con la recesión, desmitifica la regularidad de las llamadas crisis cíclicas del capitalismo.

Comienza a desarrollarse el Estado del Bien Estar (Welfare State). En Europa, los acuerdos políticos llevados a cabo, después de la II Guerra Mundial, entre socialdemócratas, demócratas cristianos, socialistas cristianos y liberales, han permitido el nacimiento del Estado de Bienestar.

A pesar de que las teorías neoliberales aparecen en la década de treinta, las tentativas de destrucción del modelo keynesiano no comienzan hasta la década de sesenta. Friedman se reúne con Carl Popper -el padre del racionalismo crítico- en Inglaterra y la doctrina cristiana denuncia el retorno del liberalismo que intenta el retorno del desarrollo económico limitado al juego casi mecánico de las fuerzas del mercado (BRUGAROLA, 1996). Pero las nuevas experiencias pasan a ser ejercidas a partir de los gobiernos Reagan y Thatcher.

La supremacía teórica del neoliberalismo se confirma a través de la llamada Escuela de Chicago, liderada por Milton Friedman y su pensamiento económico monetarista. Esta

escuela sostiene que la estabilidad económica se logra únicamente mediante la adopción de medidas monetarias basadas en las fuerzas espontáneas del mercado. Fundamentaba la teoría cuantitativa de la moneda mediante una ecuación que establece la relación entre los precios, el número de transacciones y el volumen del dinero y su velocidad de circulación. Por lo tanto, la cantidad de dinero en circulación es la determinante principal del nivel de los precios. Los mecanismos de competición y las fuerzas del “libre mercado” deben imponerse a la intervención del Estado, que se debe limitar a la aplicación de una política monetaria adecuada dirigida a la estabilidad económica.

En el comienzo del siglo, el capitalismo industrial estaba basado en la supremacía de las sociedades anónimas como instrumentos de sus propietarios, una vez que se caracterizaba como proyección de sus personalidades (Carnegie, Rockefeller, Harriman, Mellon, Guggenheim, Ford). El estadio actual es el de las llamadas organizaciones complejas, con su extraordinaria movilidad geográfica donde no es posible identificar el nombre de sus dirigentes. Hubo todavía cambios en el sector hegemónico. El capitalismo industrial, en aquel estadio, privilegiaba los Estados que detentaban las riquezas naturales (las materias primas); después, los que tenían el liderazgo de la tecnología y los grandes descubrimientos científicos. En la actualidad estos factores no tienen mucha influencia, una vez que los productos lanzados por sus descubridores, cuando llegan a los mercados, sufren desarrollo tecnológico, sin ninguna relación con quien los ha descubierto.

La velocidad con la que se ha desencadenado el avance tecnológico y la supremacía del capitalismo financiero sobre el capitalismo industrial ha causado una verdadera desertificación en el mercado tradicional de trabajo. El centro del poder, el corazón de la economía de los países industrializados está en las ciudades donde se concentran los respectivos centros financieros (en los Estados Unidos, es New York; en Brasil, São Paulo). La economía política de la mundialización y la consecuente División Internacional del Trabajo presentan un verdadero corte epistemológico, una verdadera crisis de los paradigmas. Su dinámica acaba con los ciclos de larga duración, de los movimientos seculares y suscita problemas teóricos nuevos.

Admite RIFIKIN (1995:35), en el pasado, cuando una revolución tecnológica amenazaba la pérdida masiva de los empleos en determinado sector económico, un nuevo sector surgía para absorber la mano de obra excedente. En el inicio del siglo, el sector industrial emergente conseguía absorber gran parte de los millones de trabajadores agrícolas que fueron deslocalizados a través de la rápida mecanización de la agricultura. Entre mediados de la década de 50 y el inicio de la década de 1980, el sector servicios, que crecía rápidamente, fue capaz de reemplazar muchos de los operarios despedidos en virtud de la automatización. En la actualidad, en la medida en que todos esos sectores van sucumbiendo, víctimas de la rápida reestructuración y de la automatización, ningún nuevo sector significativo es capaz de absorber los millones que están siendo despedidos. Admite que las nuevas realidades económicas del siglo XXI se alejan de las probabilidades de que el mercado o el sector público sean capaces de rescatar la economía del creciente desempleo tecnológico. Se ha comprobado la imposibilidad de confirmación de la teoría de Say, y se teme la vuelta de las nefastas ideas de Malthus. Según él, la producción suele crecer en progresión aritmética, en cuanto la población tendería a aumentar en progresión geométrica y cuando

esta desproporción llegara al extremo, las pestes, epidemias y las guerras se encargarían de reequilibrar la situación.

Después de la Segunda Guerra el “pleno empleo”, o sea, la eliminación del desempleo masivo se ha tornado la piedra fundamental de la política económica en los países industrializados. Pero, en etapas siguientes, los “downsizings” han destruido el antiguo contrato social implícito después de la Segunda Guerra, propiciando una nueva concepción de “lupen proletariat”, que derrama “sin techo” por todos los países industrializados

4. El Trabajo Humano Frente al Estado-nación y la Sociedad Global Centrada en la Economía de Mercado Flexible y en la Tecnología de la Información y de la Comunicación

La sociedad actual vive un proceso de transición entre Modernidad y Pos-modernidad, entre Estados Interdependientes y un Nuevo Orden Mundial basado en la desindustrialización, en la desertización de los puestos tradicionales de trabajo, en la civilización de la información y de la telecomunicación, en la supremacía del capital financiero sobre el capital productivo, en la imposibilidad de control de esos nuevos fenómenos a partir de las instancias estatales de resolución de conflictos sociales o de los tradicionales sistemas de cooperación.

Esas radicales transformaciones han potenciado los conflictos sociales y disminuido el papel del Estado como órgano catalizador y regulador de los problemas socioeconómicos. En virtud de la reestructuración productiva, de una nueva fase del capitalismo, con sus poderes supra-estatales, aparte de una reorganización societaria centrada en la sociedad de la información –con sus adecuaciones terminológicas, cognitivas, perceptivas, culturales e ideológicas- no hay espacio para garantizar el poder absoluto y la interdependencia de los estados, sin introducir otro concepto de autodeterminación de los pueblos, basado ahora en el proceso de integración supranacional.

Desde su inicio el Estado siempre ha estado preocupado por demarcar sus límites territoriales, asegurar su soberanía, estructurar sus modos de organización interna y consolidar las posibilidades y alternativas de convivencia e interrelaciones de las personas en el seno de esos mismos espacios. Desde el punto de vista externo, se procuró producir un sistema de comunicación y de prácticas políticas que llegó a su ápice con el concepto de interdependencia.

La consolidación teórico-práctica del Estado se da con el paso del Estado Leviathan - del Absolutismo Monárquico- hacia el Estado Liberal. Ya el desarrollo teórico-práctico del Estado Social y Democrático del Derecho se afirma con la adopción de la Sociedad del Bienestar y el Estado Derecho Bienestar Social o Welfare State.

Pero lo que se constata, en la actualidad, es otra revolución sin precedentes en la vida de los Estados, donde no es posible comprender, explicar o proponer cambios significativos en sus estructuras observando sólo su formación histórica, sino también contextualizando la

comprensión de la crisis del Estado moderno con los nuevos paradigmas de la sociedad pos-industrial.

La tendencia, por lo menos en las prácticas institucionales, es la de proseguir con la limitación intervencionista del poder estatal y privilegiar la libertad individual bajo el manto ideológico de la supremacía del juego democrático de la libre competencia de los mercados. Para esta corriente, la perspectiva de un Estado-mínimo - no intervencionista - es una hipótesis irreversible delante de la sociedad sin fronteras, dominada por el poder de la información, de la comunicación y de la economía mundial y los Estados-naciones no son más los verdaderos protagonistas de la actual economía global.

La magnitud de esas transformaciones y la velocidad con que se ha introducido, hacen que el Estado-Nación se presente incapaz e impotente para resolver los problemas a los que se enfrenta la sociedad en general y la sociedad del trabajo, en particular.

El Estado Pos-Moderno vive la experiencia de la civilización de los microprocesadores - con un cuarto de billón de transistores, del tamaño de una tarjeta de crédito -; con los ordenadores basados en la optoelectrónica y sensibles al comando oral; de los “software” inteligentes que administran redes de computadoras hipercomplejas y su multiplicidad de funciones cuya velocidad es medida por trillones de “bits” por segundo; de una megared global de fibras ópticas que envuelve el planeta; de los satélites que conectan todos los países a través de la media electrónica, con su “marketing” basado en el predominio de la imagen, de los multimedia, del espectáculo visual.

Las altas tecnologías de la comunicación, de las máquinas inteligentes, de la robótica, de la telemática y los bajos costes de transporte y del comercio libre e ilimitado, transforman el mercado en un mercado único, donde los grandes grupos multinacionales entran y salen de un país para otro, sobre todo en los países subdesarrollados y emergentes. En el escenario del capitalismo financiero, la volatilidad del capital promueve transferencias de dinero, en fracción de segundos de un país a otro, sin ninguna regla. Las industrias pos-modernas detentan el poder pero terciarizan la fabricación de sus productos y mantienen una movilidad geográfica imposible de ser controlada.

Todo esos fenómenos crean una nueva característica de sociabilidad, cambiando el cuadro de referencia sedimentado durante más de un siglo en el seno de la sociedad industrial.

A pesar de todos los avances de la ciencia y las mutaciones civilizadoras producidas por la tecnología de la información, a escala mundial, las perspectivas son desalentadoras para la mayoría de los países, pueblos y diversos grupos sociales. Según Rene Armand Dreifuss, aparte de la desindustrialización, de las transferencias exorbitantes de capitales, existe una evasión de recursos humanos, pues centenares de científicos se marchan de Asia, África y Latinoamérica hacia el norte, además de las cifras de pérdidas de vidas humanas, que son catastróficas: “más de tres millones de personas mueren, cada año, por enfermedades evitables...; más de un millón de niñas se ven obligadas a la prostitución; cerca de un millón y medio murieron en guerras y casi cinco millones viven en campos de refugiados o similares. Casi cien millones son consideradas “niñas de la calle”, sin familia o vivienda. Los ocho millones de refugiados políticos, víctimas de conflictos étnicos en la década de

70, son ahora, veinte millones. Según datos de la ONU, de 1994, “el quinto superior de la población mundial percibía, en 1960, el setenta por ciento de los ingresos, pasando para el 83% en 1989, mientras que el quinto inferior caía, en el mismo período, del 2,3% para el 1,4%. La población en estado de extrema pobreza llega, según informe de las Naciones Unidas, a un billón y trescientos millones de personas, en 1995” (DREIFUSS: 1997: 13).

Las rígidas políticas económicas, la crisis de endeudamiento de principios de los 80 y los programas subsiguientes de ajuste estructural, desencadenaron un período de austeridad que ha provocado un declive de nivel en los países subdesarrollados y emergentes, a parte de la introducción de un capitalismo salvaje en los países pos-socialistas, propiciando un desempleo masivo y una acentuación brutal de desigualdades y de pobreza.

El informe de la OIT sobre “El Empleo en el Mundo 1998-1999”, dice que jamás ha sido tan alta la cifra de trabajadores desempleados y subempleados en todo el mundo, con tendencia irreversible de aumentar en varios millones antes de finalizar el presente año (1999), como consecuencia de la crisis financiera en Asia y en otras partes del mundo. Según el informe, 1.000 millones de trabajadores - aproximadamente un tercio de la población activa del mundo - están desempleados o subempleados. De esos, unos 150 millones se encuentran, de hecho, desempleados, buscan trabajo o están en condiciones de trabajar. Además, del 25 al 30% de los trabajadores del mundo - o, lo que es igual, entre 750 y 900 millones de personas, están subempleados o lo tanto, es bastante previsible el diagnóstico presentado por Hans-Peter y Harald Schumann que sólo un 20% de los trabajadores tendrán trabajo fijo en el siglo XXI (MARTIN y SHUMANN: 1998: 60).

El vanagloriado “modelo americano” registra una verdadera descomposición social en algunas regiones, donde existe un tercer mundo en pleno primer mundo. “La criminalidad ha asumido proporciones endémicas. En el Estado de California, que por sí solo constituye la séptima potencia económica mundial, los gastos provocados por las prisiones sobrepasan el presupuesto total de la educación. Cerca de 28 millones de norteamericanos, más del 10% de la población, viven confinados en edificios o barrios protegidos por guardias armados. Los ciudadanos norteamericanos gastan el doble de dinero con ese tipo de protección, de lo que el Estado con su policía (MARTIN y SHUMANN: 1998: 15). En Europa, el sentimiento de pérdida de referencias fundamentales, construidas a lo largo de este siglo, sobre todo por el Estado del Bienestar, está combinado con la imposibilidad de acompañar, comprender y explicar la dinámica de los nuevos movimientos socio-económico y político-culturales. La ausencia de perspectivas alentadoras a corto plazo, hacen aumentar la violencia en países que consolidaron una cultura civilizadora ejemplar para la humanidad, como Inglaterra, Francia, Alemania, Suecia, Suiza, Italia y tantos otros.

Esas son, por lo tanto, las nuevas categorías y la nueva dinámica societaria, producto de las transformaciones instituidas por la sociedad tecnológica y mundializada, que interviene en la sociedad civil, cambiando las posturas de los individuos y también de las entidades - sindicatos, partidos políticos, movimientos sociales, opinión pública, pueblos, clases sociales, ciudadanía- con implicaciones irreversibles en el pensamiento político y las posturas tradicionales del Estado -sus contradicciones en términos de hegemonía, soberanía y territorialidad- en virtud de esa nueva dinámica de la sociedad mundial.

Delante de esta nueva configuración de la política mundial, el Estado pierde su “status” privilegiado de principal regulador de los problemas socio-económicos y entra en crisis. La fragmentación del mundo, con múltiples centros de decisiones - al contrario de las referencias bien estructuradas de antaño: Este/Oeste, Norte/Sur - pone en jaque los conceptos clásicos del Estado basado en la soberanía, en la territorialidad, en la supremacía de las naciones-Estado. Las redes de producción, financieras y de información, en escala mundial, descaracterizan la concepción tradicional de relaciones entre Estados, basada en la interdependencia.

¿Qué hacer delante del dilema entre optar por la versión que añora - el retorno puro y simple del Estado detentor del monopolio de promulgar reglas y mantener el control de los fenómenos socio-económicos - y la versión no intervencionista de carácter neoliberal?

De entrada, la versión reduccionista de escoger una de las dos opciones, es, ante todo, maniqueísta, porque ambas son malas. El desarrollo irreversible de la sociedad pos-industrial no permite el retroceso del derecho como una técnica de gestión y de regulación de la sociedad a través del aparato estatal. La propuesta neoliberal, a la vez, que fue instituida con el objetivo de proporcionar un nuevo orden social más justo, partiendo de la idea de libertad absoluta de los mercados y de la competencia, no fue capaz de resolver los problemas a que se enfrentan los pueblos, en todos los continentes. Al contrario, profundizó los problemas aumentando la concentración de riquezas y también las injusticias sociales.

Es preciso tener en cuenta que la globalización presenta dos caras: una negativa, otra positiva. La negativa es la hegemonía del capitalismo financiero sin reglas, privilegiando el capital especulativo e improductivo; el dominio absoluto de monopolios multinacionales que suelen propiciar, de manera irresponsable, una injustificable movilidad geográfica, con efectos negativos para las relaciones laborales; la explotación del trabajo humano, especialmente de las mujeres y de los niños, en los países periféricos, destrozando el medio ambiente para mantener un nivel frenético y autofágico de competitividad; las influencias nefastas de esas dos actividades, especialmente la que se ocupa del mercado financiero, al introducirse de manera subliminal en los gobiernos, sobre todo, de los países subdesarrollados y emergentes, desencadenó una serie de escándalos y corrupciones - como ocurrió en Japón, Inglaterra, España, Italia, Brasil, Alemania y Grecia. Aparte de los escándalos provocados por el tráfico de influencias, de divulgaciones de informaciones privilegiadas a los sectores financieros, son ellos, en algunas regiones, los responsables del blanqueo de dinero que viene del crimen organizado y además, las bolsas no son capaces de impedir la manipulación sistemática de los precios de las acciones por los operadores, que pasan a acompañar los movimientos especulativos por medio de informaciones privilegiadas.

La cara positiva viene a través de la construcción de instancias de resolución de conflictos y de reordenación de la sociedad por encima de los Estados, donde se puede prever un orden mundial más eficaz y compatible con las estructuras típicas de la sociedad contemporánea. Por eso, las evidencias doctrinales caminan en la dirección de admitir esas instancias supranacionales de control, coordinación, decisión y de resolución de conflictos más allá de la experiencia vivida en la actualidad por la Unión Europea.

En resumen: las alternativas tradicionales de poder - organización, representación, control, administración y decisión- se muestran insuficientes para enfrentar los megasistemas globales, con sus alternativas macroeconómicas descentralizadas y coordinadas por una nueva oligarquía global.

5. La Dimensión Ético-cultural del Trabajo Humano en el Contexto de la Doctrina de la Iglesia e en la Constitución Pastoral del Concilio Vaticano II.

La versión moderna en el plan teórico-práctico de las doctrinas cristianas se inició a partir de la Encíclica “Rerum Novarum” del Papa León XIII, escrita en 1885, seguida por otras Encíclicas importantes sobre el trabajo humano, como: “Quadragesimo Anno”, del Papa Pío XI, “Mater et Magistra”, de Juan XXIII, “Populorum Progreso”, de Pablo VI, la “Constitución Pastoral Gaudium et Spes” del Concilio Vaticano II, y a través de las Encíclicas y demás escritos producidos por el Papa Juan Pablo II.

Economía, Política, Trabajo y Sociedad en el contexto ético-cultural de la Doctrina de la Iglesia, sus Encíclicas y del Concilio Vaticano II tienen los siguientes significados: un desarrollo productivo con equidad que respecta las distintas culturas y modos de vida. Del punto de vista de una ética cristiana conduce a una teoría compartida de la sociedad basada en la justicia distributiva ya que la finalidad social de la economía es la satisfacción de las necesidades humanas. El carácter universalista de esa doctrina tiene un papel fundamental para el modelo de sociedad que se mueve en dimensión planetaria y por encima del Estado-nación.

El Concilio habla claramente de las radicales transformaciones en las estructuras del estado, del derecho, de la economía, de la cultura, del cotidiano, del lenguaje, de las actitudes individuales e colectivas. Desde el punto de vista específico de la Sociedad del Trabajo se produce una verdadera rotura de paradigmas. La tecnología del conocimiento provoca una drástica reducción de los puestos tradicionales de trabajo, una verdadera metamorfosis a través del desempleo estructural, de la aparición de distintas modalidades de empleos y rentas e instituye la presencia de millones de excluidos incluso en los países desarrollados.

Se el trabajo-deber fuera concebido por la sociedad industrial la substitución de ese modelo de trabajo mecánico por las máquinas inteligentes y la tecnología de los “softwares” debe significar la redención del hombre.

El trabajo libre y el ocio creativo están sincronizados con la dimensión ético-cultural de la Doctrina de la Iglesia e del Concilio Vaticano II en los dos sentidos: objetivo e subjetivo. “El hombre al ‘someter la tierra’ con su trabajo, en todas las etapas históricas, realiza un acto de creación, de su dominio sobre la naturaleza y el sujeto propio del trabajo continúa siendo el hombre. Pero, cuando el hombre ejerce el dominio sobre la tierra, lo hace como un ser dotado de subjetividad. Al ser capaz de actuar de manera programada y racional, debe encarar el trabajo como la realización de sí mismo. Es pues como persona que el hombre es sujeto del trabajo, lo que confiere al trabajo humano su innegable valor ético”. (SARTORI, LMA. Encíclicas do Papa João Paulo II. São Paulo:LTR, 1996, p. 107.

El Concilio Vaticano II y la Doctrina Social de la Iglesia Católica objetivan también contraponerse a los pensamientos materialistas e economicistas que, para ellos, constituyen una amenaza a la jerarquía de los valores humanos. La superación de este peligro depende de la realización de la justicia social, que a su vez, necesita de nuevos movimientos de solidaridad, identificando las diversas modalidades de explotación de los trabajadores, de la situación de miseria y del hambre. En este sentido, el trabajo libre asume la dimensión de la dignidad humana. “El trabajo es un bien del hombre porque, mediante el trabajo, el hombre no solamente transforma la naturaleza, adaptándola a las propias necesidades, sino que se realiza a sí mismo como hombre y en cierto sentido, se vuelve más hombre” (SARTORI:1996, 116).

Los filósofos y sociólogos del trabajo ya habían pronosticado la substitución del trabajo humano por las máquinas inteligentes. Así la substitución del predominio del trabajo-dever por el trabajo-libre constituye una vitoria del género humano, de su autoafirmación personal. Invertir la cultura del consumo para elevarse por medio del arte y de la mente refuerza el sentido aristotélico más profundo según el cual “la perfecta felicidad es un acto de pura contemplación” (ARISTÓTELES: 1995:404). Por lo tanto, “sumeter la tierra con su trabajo” como “acto de criación” es incontatible con la noción de trabajo-dolor.

Aristóteles tenía esa visión futurista:

“Com efeito, se cada instrumento pudesse, a uma ordem dada ou apenas prevista, executar sua tarefa (conforme se diz das estátuas de Dédalo (8) ou das tripeças (9) de Vulcano, que iam sozinhas, como disse o poeta, às reuniões dos deuses), se as lançadeiras tecessem as toalhas por si, se o plectro tirasse espontaneamente sons da cítara, então os arquitetos não teriam necessidade de trabalhadores, nem os senhores de escravos” (ARISTÓTELES: 1955, p. 17).

Muchos años después decía Hegel:

“em suma, a abstracção da produção leva a mecanizar cada vez mais o trabalho e, por fim, é possível que o homem seja excluído e a máquina o substitua” (HEGEL: 1976:181).

En pleno industrialismo del siglo XX, dice Bertrand Russell:

“A moderna técnica trouxe consigo a possibilidade de que o lazer, dentro de certos limites, deixe de ser uma prerrogativa das minorias privilegiadas e se torne um direito a ser distribuído de maneira equânime por toda coletividade. A moral do trabalho é uma moral de escravos, e o mundo moderno não precisa de escravidão”. (RUSSEL: 2002:27).

Como el desarrollo sin trabajo aparece como algo irreversible, la sociedad pos-moderna tendrá que llevar la sociedad del desempleo a la sociedad del tiempo libre donde las personas trabajarán cada vez menos y tenderá a invertir la cultura del consumo para

“elevarse por medio del arte y de la mente como medida de superación de las angustias materiales” (DE MASI: 1999a: 16).

Es por lo tanto el trabajo libre “el trabajo que hay que verlo también bajo el ángulo de la recapitulación de todas las cosas en Cristo”. BRUGAROLA, Martin. El concilio y la Vida Económico- Social. Santander: Editorial Sal Terrae, 1966, p. 181.

6. Referencias Bibliográficas

- ALBUQUERQUE, CD'A. Direito dos Operários. Estudos sobre as greves. Coimbra: Imprensa da Universidade de Coimbra, 1870.
- ARISTÓTELES. A Política. São Paulo: Atenas, 1955.
- _____. Moral a Nicómaco. Madrid: Espasa Calpe, 1994.
- BARROS, Im; SILVA, F. a Revolução Keynesiana. Folha de São Paulo: São Paulo, 21 abr.1996, Caderno Mais, p.5
- BRUGAROLA, SJM. El Concilio y la Vida Económico Social. Santander: Sal Terrea, 1996.
- DE MASI, D. O Ócio Criativo. Rio de Janeiro:Sextante, 1999.
- DAVID, R. Princípios de Economia Política e Tributação. São Paulo: Nova Cultural, 1985.
- DREIFUSS, R.A. Époça das Perplexidades. Petrópolis: Vozes, 1997.
- ESQUILO. Prometeu Acorrentado. São Paulo: Abril Cultural, 1992.
- GALBRAITH, JK. O Novo Estado Industrial. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 1969.
- HEGEL, GWF. Princípios de Filosofia do Direito. Lisboa: Martins Fontes, 1976.
- HUSSEL, B. Elogio ao Ócio. Rio de Janeiro: Sextante, 2002.
- JHERING, R.V. A Evolução do Direito. Salvador: Progresso, 1956.
- MARTIN, H-P; SCHUMANN, H. Armadilha da Globalização: O Assalto à Democracia e ao Bem-Estar Social. Lisboa:Terramar, 1998.
- POCHMANN, M. Políticas do Trabalho e de Garantia de Renda no Capitalismo em Mudança. São Paulo: LTR, 1955.
- RIFKIN, J. O Fim dos Empregos: O Declínio Inevitável dos Empregos e a Redução da Força Global do Trabalho. São Paulo: LTR, 1994.
- ROCCA, JG. El Tercer Sector. Documentación Social. Revista de Estudios Sociales y de Sociología Aplicada n.103, p. 11, Madrid, 1996.
- RUBSBAWN, E. Era dos Extremos: O Breve Século XX:1914-1991. São Paulo:Companhia das Letras, 1994.
- SARTORI, LMA (Org.). Encíclicas do Papa João Paulo II. São Paulo:LTR, 1996.
- SINGER. P. O Capitalismo. São Paulo: Moderna, 1987.
- SMITH, A . A Riqueza das Nações, vol. I. São Paulo: Nova Cultural, 1985.